

Índice

1. ¿Cómo empezó todo?	11
2. Abraham e Isaac.....	31
3. ¿Cómo empezó todo realmente?	59
4. Protégete y sobrevive	89
5. Hombres y mujeres	123
6. En el mundo de los adultos	155
7. Odio	193
8. 日本	225
9. Riada.....	259
<i>Epílogo</i>	281

1

¿Cómo empezó todo?

Verano en Escocia, toda esta patética historia comenzó casi cinco años antes del día en que empiezo a escribir esto; son cosas que llevan su tiempo. En concreto estamos en Fife, una zona no muy típica de un país en su mayor parte abrupto; tranquilas oleadas de terreno rematadas por un suelo más fértil que configura un paisaje de cosechas maduras dispuestas a modo de retales en lugar de colinas, páramos o pastos abonados con tenacidad. Tiene algo de casi kentiano, aunque sin campos de lúpulos en esta época, y todavía sin viñedos bajo un aire que se vuelve cada vez más denso. También está menos explotada; menos hormigón, menos gente, carreteras más estrechas y no tan atestadas, y más allá el horizonte del mar del Norte y una franja de playas arenosas todavía vírgenes y una costa de acantilados que según dicen prometen fósiles y tesoros al buscador paciente. Los acuarelistas motean los viejos pueblos pescadores mientras beben del infinito suministro de terracotas, blancos calizos y ultra-

marinos. Golfistas deslumbrados acuden de todo el mundo en busca del campo en el que han de jugar aunque sólo sea una vez antes de morir. Hay una pintoresca universidad donde los adolescentes se congelan a lo largo de inviernos cristalinos mientras se les invita a interesarse por la Gran Teoría de la Unificación o por los infructuosos esfuerzos de Justiniano. Es la clase de lugar que la gente elige, un buen sitio para criar a una familia.

El escenario es una estación de ferrocarril; de hecho no es más que un apeadero en la línea, un superviviente del plan Beeching* indultado hace algunas décadas no en beneficio de la ciudad más lejana y sin tren, sino de la base de la RAF de Leuchars para comodidad de los oficiales que deseaban pasar parte de sus permisos en los clubes de Londres, para poder acudir con mayor puntualidad a las citas en el edificio principal o Whitehall. Entonces todo era muy serio. Los gráficos en blanco y negro de los años cincuenta mostraban cómo se podía esperar que la fuerza de ataque nuclear soviética descendiera por el nordeste y que acabase con la vida tal y como se la conocía entonces sólo con que lograra burlar los interceptores. Esto hace tiempo que terminó y ahora los aviones militares que atronan el cielo despejado ya no defienden a nadie. Estamos a salvo. Es el año 2003 y los mapas en las paredes de la sala de reuniones son de Basora y de Bagdad.

El tren procedente de Londres se aleja y observo tanto a los que regresan a casa como a los que reciben la bienvenida de aquellos que los esperan. Los taxis, contratados por adelantado, se apresuran a partir con sus clientes. Después un autobús recoge a los pasajeros que esperan debajo

* En los años sesenta Richard Beeching, presidente de British Railways, llevó a cabo en nombre de la eficiencia de costes una serie de muy impopulares cambios en los ferrocarriles británicos que significaron la supresión de unos 9.656 km de vía férrea. [*N. de la T.*]

de la marquesina. No es una hora de gran actividad y pronto me quedo solo con otra viajera. Miro hacia el aparcamiento con la intención de encontrar la mancha de rojo sucio que identifica nuestro coche, siempre sin lavar, y a mi mujer y a mis hijos que vienen a recogerme y a llevarme a casa, a unos veinte minutos en coche de aquí. Todavía nada, pero en una tarde tan cálida y luminosa no importa.

Estaban allí hace cuatro días. Dos chicos de 6 y 4 años algo malhumorados porque se habían visto arrastrados a un viaje que no tenía nada que ver con ellos. Son diferentes, aunque está claro que forman un dúo, con el mismo pelo lacio color castaño, los mismos ojos marrón oscuro y la piel para nada morena, pero tampoco realmente blanca, una piel que coge el sol con facilidad y que podría sugerir, si los vierais fuera de contexto, algo sureño. En otro país destacan, pero en esta Gran Bretaña multiétnica —y eso actualmente incluye hasta Fife— se hacen notar sólo por ellos mismos. Sus nombres, si los oyerais por casualidad, os darían una pista más útil: el pequeño, con la cabeza y la cara mucho más redondas que su hermano, es Makoto y el mayor es Satomi. Hubo un tiempo en que tenía otro nombre, pero ahora hasta yo lo llamo Satomi, como hicieron hace diez días todos sus compañeros de colegio en la primera y, casi que con toda seguridad, última jornada deportiva a la que jamás asistiré como padre.

Es una pequeña escuela de pueblo, probablemente no más de veinte alumnos, dos maestros, en un bonito edificio de piedra que no ha cambiado mucho ni ha sido ampliado desde que lo construyeron a este efecto hace cien años. Ha estado ahí tiempo suficiente para dar nombre a su propia dirección, la Escuela de la Ladera, y desde arriba de todo se pueden ver, a través de las ventanas del aula, los llanos fértiles del valle de Fife y las desgastadas colinas de Lomond, a veces verdes, a veces blancas, según el cambio de las estaciones. La zona de competición es el área de recreo del pueblo, sólo media hectárea con columpios y una rueda giratoria de ma-

dera en un extremo. Makoto, todavía un año demasiado joven para ser alumno, se divierte en ellos mientras se desarrolla la acción. Aparece un deportista, el rostro ceñudo por el esfuerzo y la agresividad, mientras el pecho le va quedando cada vez más cubierto de pegatinas doradas, por lo que parece, jamás suficientes; alguien que promete mucho. Satomi está más feliz con su honrosa colección de plata y bronce, quizá porque ha heredado el desdén por las victorias de su padre. El evento final es una carrera más larga alrededor del perímetro. Satomi se queda atrás, vencido por el agotamiento, pero igualmente encantado corre hacia mí y, jadeante, declara «he corrido más rápido que algunos».

Ya independiente a sus 4 años Makoto no ha prestado ninguna atención a los acontecimientos. Además de mí el único observador de los esfuerzos de Satomi ha sido su madre. Inexpresiva, rígida, decididamente aparte, esta mujercita japonesa de nombre Tomoko mira al frente con expresión helada y observa con creciente ansiedad cómo su hijo —tan visiblemente diferente de ella— se relaciona con maestros occidentales y con niños occidentales y todo en un idioma occidental. Aunque ningún investigador sensato podría encontrar ninguna evidencia de ello, en su mente está segura de que todos los que están aquí forman parte de una conspiración para arrebatarse el control sobre sus hijos. Nadie sospecharía que tiene alguna relación conmigo. De hecho, está claramente interesada en no tener ninguna. En toda la tarde no me mirará ni dirá una sola palabra, ni siquiera para explicarme por qué no me habla. No es nada raro. Su comportamiento ni me sorprende ni en esta fase avanzada de una larga decadencia me turba. Parecemos una pareja que esta mañana se haya peleado, aunque la verdad es que hay una guerra abiertamente declarada y extenuante que dura desde hace cinco años. En esta ocasión hay algo diferente, algo de extremista en su insistencia en que no existo, en que el padre de sus hijos sencillamente no está ahí, en que no hay que tenerle en cuenta. Era una necesidad, supongo, dado

lo que había planeado. Los signos estaban ahí, retrospectivamente claros, pero por aquellos días había cosas de las que aún no creía que la gente fuera capaz y no los pude interpretar bien. Me aventajaba en el arte del engaño. Con cierto pesar, sé que esto no volverá a suceder jamás.

La jornada deportiva ha terminado y es hora de irse. El coche rojo —el mismo que quince días más tarde estoy esperando en la estación— está aparcado al lado de la carretera con las puertas abiertas, Makoto en su sillita en la parte de atrás, con el cinturón ya puesto. Todos nos decimos adiós; una docena de infantiles voces escocesas corean el nombre extranjero de su hermano mayor. ¿Qué pensaban de una palabra tan extraña? Nada, me parece ahora cuando busco detalles en mi recuerdo, nada de nada. La pronunciaban con confianza, sin pensar; cualquier palabra agradable servía para un nombre, ninguno valía una pelea ni significaba otra cosa que no fuera la persona que lo llevaba. Esto es primero de primaria, chicos; todo el daño de la vida aún está por hacer.

Pienso en esto mientras camino por la plataforma y consulto el reloj. La otra viajera todavía está ahí, ahora la única otra persona. Lanzo una mirada furiosa al teléfono público, pero la mujer está demasiado cerca y me oíría. Irradió el deseo de que se aleje, pero ella, insensible, se me acerca un paso más. Aparecen coches que salen de una curva de la carretera y recorren un corto trecho pasada la estación antes de desaparecer entre las casas de las afueras de Leuchars. Ahora el tráfico es ligero y antes de ver nada puedo oír cada motor individual que se aproxima. Miro fijamente el punto donde se hacen visibles, deseando que el siguiente sea rojo. A veces lo es, aunque no el que espero. He estado fuera cuatro días y quiero ver a mis chicos.

«Nos vemos el jueves», me dijo Tomoko el domingo anterior cuando cogí el tren de ida. No siempre era convincente, pero aquel día estaba en forma, completamente natural, lo que no pudo haberle sido fácil.

Tenía ganas de marcharme y no me sentía nada culpable por ello, aunque más tarde sí que me sentiría culpable. Como escritor, mi espacio de trabajo era una habitación de la casa con Satomi metiendo por debajo de la puerta el último dibujo de un tren, o Makoto que entraba siempre que quería para sacar todos los libros del estante hasta que encontraba *La guerra con Aníbal*, de Livy, no porque fuera un genio precoz, sino por la fascinante imagen de un león en la portada. Hacía esfuerzos esporádicos por defender este espacio, pero nunca con demasiada convicción; el niño siempre era más interesante que el trabajo. Viví con mis hijos prácticamente todos los días de su primera infancia y me saltaba todos los artículos de los periódicos del domingo sobre el equilibrio entre vida laboral y familiar o sobre los padres adictos al trabajo y siempre ausentes porque no tenían nada que ver conmigo. En cuanto a los adultos de la casa, quizá esa constante presencia mutua no fuera una cosa tan buena. No hay ninguna duda de que las oportunidades de escapadas periódicas que las carreras más convencionales ofrecen —el desahogo de las infidelidades de bajo riesgo en las salas de conferencias o el fin de semana para cohesionar el equipo de trabajo— han salvado más matrimonios de lo que ninguno de nosotros admitirá jamás. No constituyen una característica de la vida del escritor, que para su «bunbureo»* tiene que recurrir al autoproclamado «viaje de investigación», y era así como veía mi viaje a Londres, necesario, pero también bienvenido. Si el contacto excesivo con la madre de mis hijos apresuró el final o lo retrasó, es difícil de decir; después de todo, lo que ella estaba esperando era justo uno de esos tan poco frecuentes períodos de ausencia.

* En inglés, «bunburying», un verbo inventado por Oscar Wilde en su obra *La importancia de llamarse Ernesto* en la que el personaje Algernon crea un amigo imaginario llamado Bunbury, que está muy enfermo, a fin de tener una excusa para escapar de sus familiares siempre que le convenga. [N. de la T.]

¿Qué recuerdo realmente de un corto viaje a Londres en el verano de 2003? Descubro, cuando me pongo a escribir esto, que mucho ya es vago o se ha perdido. ¿Qué leí en el tren durante el viaje de ida? Ahora no podría decirlo. ¿Algo agradable para incrementar la sensación de vacaciones, o quizá me di tono con alguna cosa rigurosamente intelectual, un tocho relacionado con el trabajo, como *Documentos sobre la masacre de Nankín* o el ensimismado *Viaje a una guerra* de Auden e Isherwood? Lo que sí recuerdo es por qué iba: para cumplir con mi parte de un contrato de publicación para dos novelas, para ganarme la vida, para proveer por mi familia. Más específicamente, para meter el hocico en la Hemeroteca de Colindale y rastrear los miedos y los deseos de los expatriados occidentales en la China de 1937, el escenario de mi historia.

Los detalles se han vuelto a esfumar; nada queda de lo de meterme en el hotel barato justo al lado de Bayswater Road, ni del resto de aquella primera noche fuera en el cálido verano de Londres, para mí un clima exótico. Después, la mañana siguiente, el desayuno en un café en alguna parte o en marcha bajando hacia el metro y cambiando de líneas para ir al norte, y el largo recorrido a través de un paisaje urbano desconocido. Es fácil reconocermelo como el forastero; demasiado interesado en las novedades que pasan ante mí y verificando una y otra vez que todavía no me las he apañado para perderme. Hampstead, Golders Green, Hendon Central. Bajo en la parada siguiente y encuentro el lugar con una facilidad desacostumbrada. Soy gato viejo en las bibliotecas. Demasiado viejo, pienso a veces, y ahora me producen una sensación ambigua: en parte de confianza por saber cómo funciona todo; en parte de duda, de fracaso, sólo por estar todavía ahí cuando tantísimos de los lectores que conocía han pasado a lo que, en mi ignorancia, me parecen vidas más reales. Personal aparte, están inquietantemente pobladas: en su mayoría por jóvenes que pasan por el aro de una educación superior con la certeza de que pronto podrán

dedicarse a otra cosa; y luego, en el otro extremo, las adversidades vivientes que siempre me llenan de pavor. Jamás he visto una biblioteca de investigación sin un vagabundo, como mínimo, que habla superbién, el tipo de personaje que uno se imagina tratado de forma injusta en la selección para una beca de investigación a finales de los años cincuenta y que ha luchado desde entonces por recuperar el equilibrio. Vienen en busca de calor en invierno y se sientan tan inmóviles como el mobiliario antes de cobrar vida de repente y gruñir de forma alarmante ante el nombre de un viejo enemigo honorablemente citado en los periódicos más recientes. Me alejo poco a poco, pero entonces descubro mi propio rostro en el cristal de una polvorienta vitrina y me golpea esa oleada de pánico; lo mismo que la última vez, sólo que peor.

Convenzo a las bibliotecarias de mi buena fe (no siempre es fácil) y me instalo en la oscuridad cinematográfica de la sala de consulta de microfilms. Las páginas de *The China Press* de finales de 1937 fluyen ante mí y empiezo a entresacar la materia prima del novelista; todas las noticias efímeras más potentes y conmovedoras y fecundas que los historiadores no falla que dejan fuera. La realidad de hace setenta años es una época interesante: a la vez lejana y cercana; historia en parte, pero para otros definitivamente memoria viva. Me asomo al mundo de cuando mis padres eran niños pequeños, de la edad de mis hijos ahora. Los acontecimientos consignados son tan distantes y extraños para mí como la guerra de Iraq o el ataque a las torres del World Trade Center lo serán para ellos cuando ojeen un libro de historia o miren un documental en algún momento de los años setenta del siglo XXI. Los trajes de época, los vehículos anticuados, la calidad claramente inferior de las imágenes de los primeros vídeos digitales, todo ello la señalará como remota hasta que recuerden con un sobresalto «entonces tenía 4 años; ésa también es mi época, o poco más o menos. Casi puedo recordarla».

El truco del novelista no es ser un erudito de su material, sino cultivar en sí mismo la ilusión de que lo que sabe es realmente un recuerdo; que no lo leyó, sino que lo recuerda porque estuvo ahí, justo ahí donde me puedo reconocer a mí mismo entre la multitud; ese hombre con el sombrero de fieltro y la camisa blanca de cuello ancho. En los treinta vestía mejor. Me convierto en el que mira hacia arriba y luego corre al refugio mientras oye la sirena antiaérea, el que esta mañana compró un número de la Lotería Municipal de Shanghái en el quiosco y se tragó toda la matinée en el Grand, quedándose para el noticiario de la Paramount e incluso para los dibujos animados de Popeye al final, aunque nunca los encontró divertidos.

El norte de Londres retrocede y los enclaves occidentales del Shanghái de finales de los años treinta ocupan su lugar. Bebo un cóctel en el Metropole Garden —don José y su orquesta nos entretienen— y me pongo al día con las noticias. La guerra chino-japonesa ha pasado al interior. Ahora sucede en otras partes, pero la aviación sigue bombardeando a los civiles; no por especial malevolencia, sino más bien por una sincera incapacidad de acertar el objetivo correcto en la persecución de los propios ideales. Porque toda la propaganda china —400 aviones nipones abatidos, dice una columna— sólo tiene una cara. Japón es el asesino; el pueblo de mi mujer y, en menor grado, también el pueblo de mis hijos. Miro más de cerca y enfoco mejor la noticia que se está proyectando mientras tomo otra nota. La idea no me angustia demasiado, pues creo que estas conexiones, si es que acaso existen, no pueden ser peligrosas a tanta distancia y después de tanto tiempo. He construido mi vida sobre la presunción de que los lazos de este tipo se pueden romper o sustituir con facilidad por otros más íntimos, tolerantes y humanos. En el callado zumbido de los ventiladores y el calor de las lámparas de proyección contemplo el sufrimiento antaño ocasionado por identidades en conflicto y ni siquiera ahora espero verme personalmente implicado.

En la edición del 4 de septiembre de 1937 encuentro un interesante aspecto poco conocido sobre la historia, el engaño y los sentimientos. Se refiere a una imagen realmente genial de la guerra chino-japonesa, una fotografía que sólo tienes que ver una vez para recordarla para siempre. Muestra un robusto bebé, solo entre las ruinas de la Estación Sur de Shanghái apenas momentos después de que el Imperio japonés la haya bombardeado. Es una de las instantáneas del siglo que mucha gente reconoce aunque no sepa qué muestra con exactitud. El niño va tonsurado según la costumbre local, está manifiestamente bien alimentado e incluso lleva sandalias, aunque apenas habrá empezado a caminar. Cada detalle nos habla del cariño que le tienen sus padres, pero ahora la sangre le oscurece la camisa blanca por la mañana limpia. Está sentado recto, con la boca abierta —es una fotografía que se puede oír— y llora con todas sus fuerzas. Al fondo hay un montón de paneles de hierro ondulado arrancados del techo de la estación por la misma tormenta de metralla y escombros que casi le ha matado. Lo más perturbador es la soledad del niño, su aparente desamparo. Es esto lo que dota a la imagen de su fuerza conmovedora, lo que provocó la descripción para un uso reciente de la fotografía: «La última criatura viva en la Estación Sur, Shanghái». También es completamente falso. ¿Es en manera alguna dudoso? ¿Levanta la más mínima sospecha de que quizá os hayan engañado? Probablemente, no; en cierto modo, todos somos demasiado confiados.

La fotografía en la forma que la hizo famosa —inevitablemente uno tiene que decir, que la convirtió en un icono—, de hecho es un único fotograma seleccionado con astucia, tomado por H. S. *Newsreel* Wong, el primero en llegar al lugar, para *Metrotone News*. Lo que ha sido cortado del tercio más a la izquierda de esta escena, bien debido a la opción compositiva de Wong, bien por un editor de imágenes que posteriormente la expurgó, es el padre del chico y su hermano mayor, de unos 6 años, que está de pie

e inmóvil mientras mira directamente a la cámara desde donde se encuentra a la izquierda de las vías. Su padre lo acaba de poner ahí y en este mismo momento, en esa trigésima fracción de segundo, está volviendo a entrar en el encuadre para poner las manos debajo de los brazos de su crío, cogerlo y llevarse a sus dos hijos a casa. Por lo que sabemos, el bebé de la Estación Sur, a sus 75 años, todavía sigue vivo y bien de salud. El título sugerido por *The China Press* para la imagen completa era «Un padre intentando ayudar a sus dos hijos heridos y terriblemente asustados». Esta versión se distribuyó en su momento pero sin embargo jamás arraigó, y hasta hoy el bebé «abandonado» de la Estación Sur sigue siendo la versión preferida. Y se ha mantenido así porque hace un llamamiento más intenso, por más que esté muy poco claro exactamente a qué. Si uno supone las mejores intenciones —que fue una decisión editorial para crear una imagen antibélica más potente—, el asunto ha tenido un final irónico. La historia manipulada de la fotografía ahora es bien conocida entre los elementos más fanáticos del nacionalismo japonés moderno. Aquí tiene un nuevo propósito que no es decir que el bebé jamás fue abandonado, sino más bien que, en tanto que imagen «falsificada», debería inducirnos a dudar de que jamás le bombardearan, de que jamás sintiera dolor o miedo; a dudar incluso de que mucho de lo relacionado con la guerra chino-japonesa haya sucedido jamás.

El hambre y un cansancio visual creciente me llaman a volver al Londres de 2003. Pulso el interruptor para apagar el lector y salgo a almorzar. Había un café justo al otro lado de la calle, quizá al lado mismo de la estación de metro, y creo que fue ahí, en ese resignado establecimiento de segunda que me tomé un descanso tres días seguidos; tres tazas de té y, presumiblemente, algo de comer. Aunque no lo he comprobado y no me sorprendería estar equivocado, mi recuerdo de la vista desde la ventana siempre me muestra un paisaje ferroviario encapotado y a veces lluvioso. No puedo

recuperar nada más de esas tres horas pero creo que es probable —porque es una costumbre mía muy fuerte— que todos los días comprara y leyera un periódico. Si sigo esta pista, me encuentro cinco años más tarde en otra biblioteca en la otra punta del país, intentando hacer para mí mismo lo que suelo hacer para los personajes históricos y semificticios: recuperar una historia reciente, pero ya parcialmente perdida. ¿Cuáles eran las noticias a finales de junio y principios de julio de 2003? Devano otro rollo de microfilm y descubro que mis expectativas están exageradamente llenas de prejuicios sobre los hechos. La prohibición de las cacerías de zorros, un informe gubernamental sobre las parejas de hecho y la muerte de Katherine Hepburn eran los principales temas de debate del momento. La violencia en Iraq y Afganistán también está, pero menos destacada de lo que había supuesto. Eran los primeros días, relativamente tranquilos, de la ocupación —la insurgencia venidera aún no había entrado en acción, todavía era posible ser optimista sin parecer un loco o un propagandista manifiesto—. Una razón para olvidar lo que fuera que leí durante aquellos tres almuerzos es la insipidez visual de los periódicos modernos en comparación con lo que había visto en el archivo. En la actualidad hay una autocensura gráfica más estricta que hace que las noticias escritas sobre muertes —«Imam y nueve personas más asesinados en mezquita»— se ilustren con una fotografía de los vivos e ilesos enmarcada por un muro medio demolido, como si esto pudiera transmitir la realidad de la guerra y mantener, al mismo tiempo, un decoro de suma importancia.

Más tarde, en el hotel, mientras miro letárgico desde la cama, sé que debió de ser lo mismo en los noticiarios televisivos, un tímido chorrito de sangre diluida en los escalones, con una voz superpuesta y esa excusa siniestra y raramente cuestionada de que el resto es demasiado doloroso para emitirlo. Es la versión de la historia para los programas en familia: confusión de valores, veracidad poco entusiasta

en el mejor de los casos y, por si sirve de algo, ninguna ambición de incrementar nuestro fondo de imágenes geniales.

Mi rutina para el viaje está establecida y el trabajo va bien. En esos días me imagino las visitas a las bibliotecas y los archivos como una especie de raid, una típica metáfora de la fantasía para quienes llevan vidas inaceptablemente inactivas: llegar, coger lo que quieres, largarte antes de que el aire muerto te penetre demasiado hondo en los pulmones. He oído que los cuidadores de los zoos modernos estimulan a sus más meditados pupilos colocando la comida en lugares de difícil acceso y a veces me pregunto si los bibliotecarios no podrían poner algo de emoción en la falta de alegría de los escritores y académicos colocando obstáculos en su camino: una trampa explosiva por aquí, una estantería electrificada por allá, alguna página impregnada con veneno mortal. Habría víctimas, claro está, pero quizá no tantas como para pesar más que la exaltación general de los espíritus, el fanfarroneo dichoso después en el pub sobre cómo uno ha engañado a la muerte durante la reciente consulta de una enciclopedia, la dulce solemnidad de llorar la muerte de los camaradas caídos.

Sin duda habría considerado el teléfono de la habitación del hotel, ociosamente inútil en la mesa auxiliar de aglomerado cubierto de melanina, al lado de la caja de pañuelos de papel lila y los folletos turísticos. ¿Llamar a casa? La afición de los padres por la libertad nunca dura más de unas pocas horas o unos días como máximo, antes de que volvamos a echarles de menos. ¿Qué habrán estado haciendo mis chicos? Eso significaría hablar con mi mujer; nada fácil, quizá ni siquiera posible. La mera idea me disuade y no llamo nunca desde Londres, en cambio me conformo con pensar ilusionado en ese anochecer del jueves en que voy a bajar del tren y estar otra vez con ellos en persona.

Este patrón se rompe una noche por la presencia fortuita en Londres de un viejo amigo. Acordamos vernos y pasar un rato en el Globe Theatre, en el South Bank. En el escenario se despliega un desastre, uno tan total e insalvable que para el final de la noche los críticos se han visto arrastrados a una relación impropia con la producción; o sea, de lástima. Al día siguiente, amedrentados por ese bodrio concentrado, comentan con generosidad lo raro que es poder ver una puesta en escena de *Dido, reina de Cartago*, de Christopher Marlowe, y subrayan la calidad de la música de fondo. Dos lecciones a la vez: si una obra de teatro es todavía tan rara después de unos cuantos siglos, será rara por alguna razón, y si la música de fondo se nos presenta como una razón para ir a verla, no vayas bajo ningún concepto. Los de las entradas baratas —unos cuantos autobuses repletos de estudiantes extranjeros— todavía son demasiado jóvenes y están demasiado inseguros de que se merecen hacer cualquier otra cosa que no sea fingir apreciación. Sin duda las barreras lingüísticas les salvaron de lo peor —cera en los oídos de esos nuevos viajeros odiseicos—. Exactamente igual, supongo, que me salvarían a mí del sufrimiento de aguantar una velada de mal kabuki en el Minami-za. Esta producción es muy contemporánea; o sea, una en la que el director anhela que se le reconozca la autoría y mete en el texto ideas propias a destajo. En este caso vale la pena intentarlo, pues el texto no es gran cosa; en realidad no es ni una obra de teatro, sólo la traducción tipo cortar y pegar, hecha por un estudiante, de un poema romano, épico pero no particularmente dramático. Los dioses manipulan a los mortales, quienes, disfrazados de niños en un patio de recreo, manipulan la única cosa demasiado indefensa para hacerles frente, un niño humano de verdad, aunque en este caso representado por una muñeca de plástico que algún personaje al que nunca logré entender del todo movía por el escenario. No funciona, y la mezcla de expresiones de pánico y enfado en los ojos de los actores me dice que no soy el único que lo ha

notado. Todavía con una larga hora por delante, me relajo y miro hacia arriba, al círculo azul sobre el patio al aire libre del Globe. Observo los aviones de pasajeros que lo cruzan, sin importarme quién pueda ir en ellos o adónde van. Pero quizá debería de tener una mejor opinión de la obra, reconocerle un poco de mérito por la perdurable sabiduría de esos viejos temas: que la ceguera es universal, y que sólo varía el grado de su condición, que nunca vemos lo que afecta a nuestra suerte hasta que es demasiado tarde.

Termina. Hay un benévolo exceso de aplausos mientras mi amigo y yo nos precipitamos hacia la puerta. ¿Y entonces qué? Es verosímil que me imagine unas cuantas veces, el placer de descubrir que estamos de acuerdo sobre las noticias más recientes a medida que pasamos con tranquilidad al diagnóstico, a la receta y a un mundo mejor, aunque imaginario. Estamos muy sumergidos en el corazón de la mentira sobre Iraq, con las fuerzas de ocupación aún corriendo a la caza de las inexistentes máquinas cataclísmicas que lo han justificado todo. Recuerdo esos días como uno de los tres períodos diferentes de mi vida (y quizá de la vida de cualquier británico nacido en 1965 de esos que nunca viajan al extranjero) que me dieron cierta idea de lo que es vivir en una sociedad totalitaria donde la fingida creencia en las falsedades se ha convertido en obligatoria. El primero fue la guerra de las Falklands y el capítulo del medio llegó con la impresión de que me estaban forzando de mala manera a un consenso imbécil sobre la muerte de la princesa de Gales —un drama kitsch gestionado en no poca medida por los mismos empresarios de espectáculos activos en 2003. La aventura de Iraq ya está saliendo mal, pero los mejores periódicos todavía publican artículos que celebran la liberación de las víctimas y anticipan tremendos descubrimientos en cualquier momento. Mi amigo y yo compartimos la estupefacción ante lo escandaloso de esas mentiras, a la sumisa estupidez de creerlas. Estamos de acuerdo en que a nosotros no nos podrían engañar con tanta facilidad. De

manera un poco teatral miro hacia atrás por encima del hombro: ¿es seguro decir estas cosas?

Hacia la hora de cerrar está la impresión —sensiblera, ridícula, estimulada de forma obvia por el alcohol— de que si nosotros, los de nuestra generación, no como individuos ya me entiendes, sino los de nuestro tipo, hubiéramos sido los que hubiéramos buscado el poder en lugar de eludirlo asqueados, se podría haber evitado mucho sufrimiento. Que los filósofos están poco predispuestos a ser reyes —por lo que en raras ocasiones son reyes de nada— es uno de los patrones más constantes en los asuntos humanos. A partir de aquí, se le ocurre a la mente hastiada de la vida que los mayores episodios de destrucción humana no se producen por ninguna mala suerte, sino por un mecanismo que guía de forma segura a los más inadecuados a los puestos desde los que pueden hacer más daño. Puede que no tengan nada que recomiende su candidatura, pero aun así las puertas se abren a su paso. ¿Dónde está el fallo? Con toda seguridad sólo esté en parte en el hecho de que las palancas del poder no están precisamente demasiado limpias, y en parte en los higiénicos remilgos de toda la gente de bien que se mantiene al margen; los comentaristas, los académicos, los periodistas, los escritores de novela social, todos esos de elocuencia estéril que se labran una carrera sobre la base de dar a entender cuán mejor hubiera sido el mundo sólo con que no se hubieran mantenido al margen y sin hacer nada al respecto.

¿Qué significa todo esto? Significa que es hora de cerrar. Mi amigo y yo nos separamos.

«Vaya chapuza de obra».

Me dirijo hacia el oeste, cruzando la ciudad calurosa y oscura, traqueteando en el metro, y salgo en Marble Arch para bajar despacio Bayswater Road. Intento seguir el hilo de todos esos pensamientos convencido —como uno lo está después del número requerido de cervezas— de que estoy sobre la pista de algo que vale la pena. Pero estoy demasiado cansado y es demasiado tarde y, de todos modos, la apa-

rición de un gran zorro me libera de persistir en mis esfuerzos. Está a unos tres metros, justo detrás de la verja de Hyde Park. El terreno es más elevado que la acera, así que nuestros ojos se encuentran exactamente a la misma altura. Me acerco a él unos cuantos centímetros en lo que me imagino ser una actitud no amenazadora, y después unos pocos centímetros más. El zorro no retrocede, sino que sigue mirándome con fijeza y ahí nos quedamos clavados durante medio minuto hasta que se aburre, se da la vuelta poco a poco y con paso largo desaparece de mi vista. Alguien, supongo, escribiría un poema sobre esto; pero yo simplemente me voy a la cama.

Me deslizo de nuevo en los años treinta por un último día en la hemeroteca; los bares de señoritas, las médiums y los adivinos que se anuncian en los clasificados, el precio de un pasaje en el Empire Flying Boat a Penang, una declaración de que los Juegos Olímpicos de Tokio definitivamente seguirían adelante en 1940, los bombardeos aéreos, los refugiados, las mentiras. Termino al acabar el día y me queda una sola imagen del lugar. Desde detrás me llega un breve sonido nervioso y una exclamación. Por fin alguien se ha tropezado con el lector de microfilms bromista; en todas las bibliotecas hay uno, colocado por bibliotecarios aburridos en busca de diversión. Éste ha sido manipulado con astucia para desmadrar la película en la dirección errónea y funcionar sólo a dos velocidades: cero y superturbo. Doy al tipo un poco de tiempo para que resuelva el caso, pero cuando me giro lo encuentro todavía profundamente atrapado en su propio patoso momento Norman Wisdom*; un desventurado Laoconte de la vida intelectual, avergonzado de verse

* Norman Wisdom fue un actor y cómico inglés que se hizo famoso entre 1953 y 1966 por una serie de comedias basadas en el personaje de Norman Pitkin, un ser desventurado, nefasto en las tareas manuales y torpe en su relación con las mujeres. [*N. de la T.*]

humillado por una serpiente de celuloide de treinta metros. El hecho de tenerme por testigo hace que su problema parezca mucho peor. Le lanzo una sonrisa alentadora y me escabullo.

Y entonces el tren de regreso al norte, solo en la plataforma de la estación de Leuchars con el atronador ruido de los aviones en lo alto. Ya he marcado una vez el número de mi casa en el teléfono público y ahora vuelvo a teclearlo y escucho una y otra vez el sonido del timbre. Entonces debe de ser que están de camino, sólo una confusión con la hora. Recuerdo nuestra despedida del domingo anterior. ¿Pudo haberse producido algún malentendido? Mencionamos con claridad el día correcto, seguido de un sarcástico «que te diviertas». Construyo escenarios tranquilizadores, pero no puedo evitar que el miedo crezca. Hay otras posibilidades, posibilidades que han amenazado en el pasado, contra las que se han tomado ciertas precauciones, quizá inadecuadas. Hay posibilidades que también han sido suprimidas, de las que se ha rehuido, en las que se ha regateado un precio bajo por otro año de paz. El talento de la humanidad para vivir en una doble realidad explica muchas cosas que de otro modo parecerían extrañas: por qué no nos salvamos a nosotros mismos, por qué construimos ciudades al pie de volcanes, incluso cuando no tenemos por qué hacerlo.

Abandono la espera y me dirijo a casa en transporte público. Esto significa dos autobuses y después una carrera de siete u ocho kilómetros en taxi. No puede faltar mucho para las diez cuando llego. La casa no se ha quemado, no está rodeada de coches de policía. Aunque todavía haya luz, hace rato que ha pasado la hora de acostarse de los niños, pero advierto que todas las cortinas están descorridas. El coche rojo está en el camino de entrada. La puerta del garaje está abierta. Las puertas de la casa están cerradas y no tengo lla-

ve. Soy consciente de la posibilidad de que me estén observando desde las casas que bordean la nuestra en una angosta calle sin salida, así que entro en el jardín de atrás por una verja lateral. Allí camino durante largo rato con lentitud, en parte resolviendo el problema de cómo acceder a mi propia casa, pero sobre todo luchando contra el miedo de lo que pueda encontrar dentro. Las amenazas de suicidio de Tomoko se convirtieron en rutinarias hace mucho tiempo; horribles al principio, luego progresivamente exageradas hasta el punto de carecer de valor por su implacable reiteración, por último desechadas con desprecio o con útiles sugerencias por mi parte sobre cómo podría por fin hacer de sí misma una mujer veraz. Pero ¿y ahora qué encontraré en la casa? Para ser sincero no es la perspectiva de encontrar su cuerpo pequeño y manipulador lo que me preocupa. Es la otra cosa; esa historia extrema y horrenda que vemos en las noticias una o dos veces al año, que el viento nos trae envuelta en sensacionalismo desde algún país lejano, siempre imposible de comprender. Algo me hace creer que ella es capaz de hacerlo y por esa razón no quiero saber qué hay en mi casa.

Cojo un destornillador del garaje. Tengo la respiración entrecortada y me tiemblan las manos cuando hago palanca, abro una ventana y me meto dentro. La casa está muy en silencio y permanezco inmóvil varios minutos antes de poder tomar una decisión. Hay ocho habitaciones principales. Es decir, otras siete en las que entrar; siete umbrales, siete puertas que abrir. Las recorro todas muy despacio, vacilando antes de entrar en cada una de ellas. De paso me fijo en que falta un mueble. Los libros han desaparecido de los estantes y donde había dos grabados colgados uno al lado de otro en la pared ahora sólo hay uno. Subo a las habitaciones de arriba. Todo está ordenado y vacío. Llego a la puerta cerrada del dormitorio principal, el escenario adecuado para horrores y tragedias. Dentro no hay nada peor que dos pijamas tirados en medio del suelo en montones con vaga forma

de niño. Tienen el olor fresco de mis chicos y mi piel alucinada detecta un calor que ya no puede ser real.

Abajo veo una carta solitaria sobre la estera. Es del Servicio de Correos y va dirigida a Tomoko. No formaba parte de su plan que la enviaran, y aún menos que la viera. Es la única imperfección en la escena del crimen, el indicio que uno espera en una obra de ficción para el mercado de masas antes de que la historia arranque de verdad. La abro y leo que tienen el gusto de confirmarle sus instrucciones de hacer seguir la correspondencia a su nueva dirección: Studio Shinmido, Yodogawa, Osaka, Japón.

Vuelvo a encontrarme en el garaje aunque no estoy seguro de por qué; quizá sólo sea para devolver el destornillador. Algo sé de leyes, algo sé de Japón y también de Gran Bretaña, sé muchísimo de Tomoko y, por tanto, sé que jamás volveré a ver a mis hijos. Fuera pasa un vecino que carga con una regadera en dirección a un parterre. Retrocedo para evitar que me vea. Mi corazón se agita de una forma muy extraña, pero no se parará. Veo el arco y la flecha en miniatura que confeccioné para Satomi, la cometa dragón rojo que hicimos volar en la playa y el triciclo de Makoto. Miro hacia arriba y veo las vigas descubiertas, el cable en lazo que cuelga de un clavo.

2

Abraham e Isaac

¿Cuándo deberías matar a tus hijos? Es una pregunta que pocas veces se plantean los padres modernos y en general por razones triviales, o en ausencia de toda razón. Los casos —y hay un flujo constante— son muy apreciados por los medios de comunicación y pueden estar siempre seguros de contar con una audiencia sustancial. Nos sentimos atraídos de forma poderosa por esas historias, la fuerza de las emociones que provocan, la necesidad de reconfortantes expresiones de aflicción y ultraje colectivos, la satisfacción estética de ser espectadores de algo fundamentalmente trágico. No hay ninguna duda, desde el sofisticado estremecimiento de horror de Medea hasta las recientes historias de bebés en Francia y Alemania que nos dejan helados, todos estamos ávidos de un buen infanticidio a cargo de papá o mamá.

La presentación de dichos episodios se ajusta a un formato bien trillado: padres que quieren hacer daño a madres después de salir perdiendo en la ruptura familiar; madres